

I

Al entrarse la noche, los relámpagos comenzaron a zigzaguar sobre el mar, las gentes devotas se persignaron ante el rebramido bronco del trueno, una ráfaga de agua salada, levantada por el viento, obligó a cerrar las ventanas que daban hacia occidente, quienes vivían cerca de la playa vieron el negro horizonte desgarrarse en globos de fuego, en culebrinas o en hilos de luz que eran como súbitas y siniestras grietas en una superficie de bruñido azabache, así que, de juro, mar adentro había tormenta y pensé que, para tomar el baño aquella noche, el quinto o sexto del día, sería mejor llevar camisola al meterme en la bañadera, pues ir desnuda era un reto al Señor y un rayo podía muy bien partir en dos la casa, pero tendría que volver al cuarto, en el otro extremo del pasillo, para sacarla del ropero, y Dios sabía lo molondra que era, de suerte que me arriesgué y desceñí las vestiduras, un tanto complicadas según la usanza de aquellos años, y quedé desnuda frente al espejo de marco dorado que reflejó mi cuerpo y mi turbación, un espejo alto, biselado, ante cuyo inverso universo no pude evitar la contemplación lenta de mi desnudo, mi joven desnudo aún floreciente, del cual ahora, sin embargo, no conseguía enorgullecerme como antes, cuando pensaba que la belleza era garantía de felicidad, aunque los mayores se inclinaban a considerarla un peligro, no conseguía enorgullecerme porque lo sabía, no ya manchado, sino invadido por una costra, costra larvada en mi piel, que en los muslos y en el vientre se hacía lлага infamante, para purificarme de la cual sería necesario que me bañara muchas, muchas veces todos los días, tantas que no sabía si iba a alcanzarme la vida, costra inferida por la profanación de tantos desconocidos, tantos que había perdido la cuenta, durante aquella pesadilla de acicalados corsarios

y piratas desarrapados que, transcurridos todos aquellos meses, con el horror medio empozado en los corazones y la peste estragando todavía la ciudad, aún dominaba mis pensamientos, apartándolos del que debía ser el único recuerdo por el resto de mi vida, el de Federico, el muchacho ingenuo y soñador que creía haber descubierto un nuevo planeta en el firmamento, el adorable adolescente que me había hecho comprender el sentido de esos encantos ahora nuevamente resaltados por el espejo, el orden y la prescripción del fino dibujo de mis labios, el parentesco de mi ancha pelvis con la del arborícola cuadrúpedo, la función nada maternológica ni mucho menos lactante de mis eréctiles pezones y, en fin, el muchacho cuya memoranza me hacía bajar de tristeza los ojos, sólo para repasar con ellos el delicado nudo de los tobillos, bajo los cuales se cimentaba la espléndida arquitectura, para torcer el gesto ante las rodillas firmes y antiguas, como moldeadas al torno, para ascender voluptuosamente por la vía láctea de los muslos hasta detenerlos en el meandro divino, en el delta codiciado por el que medievales caballeros cruzaron sus espadas en justas de honor, perfecto intercolumnio cuyos soportes cilíndricos habían de rostrar, no los espolones de las naves fenicias, sino las suaves garras del amor, y tras escalar con un estremecimiento el declive ligero de la pelvis y el vientre, dirigirlos hacia el ombligo egipcio y diminuto, para pensar en lo bella que una cicatriz puede llegar a ser si se le sujeta bien un cabezal y se la deja secar, como había visto hacer con los recién nacidos, e imaginar a Federico otra vez desnudo frente a mí y preguntarme si era bello también el ombligo de Federico, su masculino ombligo irrecordable, si era bello su pecho como el mío que ahora hacía más retador amparando con las manos la parte inferior de los senos y fijando la vista en los pezones rosados y ya erectos, como ágatas incrustadas en el centro de un escudo, cuando sólo restaba ir paseando los ojos sobre el reflejo del cuello marmóreo pero estrangulable, hasta la barbilla en acto permanente de agresión, los labios desdeñosos y la nariz un tanto respingada, para hallar a esos mismos ojos en una suerte de súplica muda, ya avergonzados del recorrido escalofriante,

ordenándome retirarme de allí, eludir esa luna biselada donde mi cuerpo dejaba de serlo para convertirse en un pecado, en un pecado ajeno, del cual era necesario desviar la mirada, que no obstante permanecía allí con desnudo, erguida toda yo como una elocuente estatua griega, los ojos fijos en la comba del vientre, absorta en mi cuerpo como en el oficio de una mística milenaria, negándome a creer pero creyendo casi exacerbadamente en el milagro de mí misma, en la hendidura que parecía temblar de placer bajo la maleza rojiza del vello, cuya contemplación me hacía sentir un escalofrío eléctrico, como de ámbares frotados, una especie de zigzagueante relámpago como esos que alborotaban el mar, recorrerme las piernas, que apretaba entonces como los niños cuando no pueden retener la orina, y el efecto era igual que si me hubiesen masajeados los muslos, como una esclava hizo alguna vez para curarme un calambre, así que pensaba en mi buen confesor, muerto por los piratas, y en sus advertencias piadosas sobre los desvíos compulsivos que Satanás nos alienta, e imaginaba un cabezal apropiado para cauterizar la cisura de aquella enervante sangría, para restañarme la herida del sexo como si fuera la del cordón umbilical, y sentí entonces la necesidad de algo que lo taponara profundamente hasta cortar o estancar aquel flujo magnético que me hacía apretar los muslos y evocar con furor el cuerpo amado de Federico, su viril pero aún casi tierna complexión, a punto de poseerme aquel mediodía tan reciente y tan remoto en que, aprovechando un descuido de mi padre, subí las escaleras hasta el mirador de la casa de Goltar y lo hallé escudriñando el oeste con su famoso catalejo, el oeste donde el mar desenvolvía todavía, bajo la leve tramontana, las crespas furias que irían decreciendo a medida que abril aplanara sus láminas recalcitrantes y sollamara sus vahos estuosos, porque le gustaba seguir con la vista a los pescadores, que tendían los chinchorros o sumergían los palangres según pescaran en la orilla o mar afuera, utilizando botes de remo y depositando en el vientre cóncavo las coleteantes mojarras y los sábalos de aletas listadas de azul, abundantes en ese sitio frente a los terraplenes realizados en la muralla a

espaldas del convento de Santa Clara, pues Federico amaba el mar y, en varias ocasiones, había ido con aquellos hombres de tez curtida y se había sentido muy excitado con la pesca de la tintorera, grande y saltarina como un látigo arqueado en el aire, peligrosa y de basto empaque, con dentadura afilada como sierra a flor de la boca despectiva de media luna, rebelde al arponeo de la fisga de tres dientes, debatiéndose y haciendo saltar el agua en violentas florituras de espuma ante la vista de ese muchacho tan amado cuyo amor por el mar era hereditario, ya que por algo era hijo de marinero y las profundidades marinas lo atraían con igual poder que la esfera celeste sembrada de parpadeantes hachoncillos, con igual poder porque había en ambas una misma dimensión de misterio, una análoga posibilidad de aventura y no sólo de aquélla a riesgo de daño físico, sino esa otra, la de la imaginación, donde nada era imposible y los antiguos monstruos quiméricos iban adquiriendo una fisonomía familiar, racional, ajena a supercherías de marineros, más ajena a esas fábulas inocentes en la medida en que el hombre, según Federico no cesaba de proclamar, interrogara a sus heladas honduras donde bullía la vida, donde pululaban los escurridizos nadadores bordados de escamas como de caprichosas lentejuelas o las pequeñas fieras que se arrastraban o formaban sus nichos en las rocas subacuáticas ocultas bajo la malla fina y gelatinosa de las algas marinas, las interrogara como, ciertamente, poco lo había hecho hasta el momento, al menos en comparación con lo que Federico, embebido en lecturas solitarias y casi heroicas en aquella ciudad de mercachifles, ningún otro con antiguas proezas náuticas como su padre, podía desesperadamente soñar al enterarse, como una vez me lo confió mientras compartíamos uno de esos rarísimos momentos de soledad en el almacén de abarrotes, de que cierto agustino, fray Andrés de Urdaneta, había sido el único en intuir, más de un siglo atrás, la necesidad de cartografiar a ras y hondura el viejo océano vomitador de cadáveres, ese mito trémulo y vivo, ese leviatán multiforme, antro de soledades insospechadas, porque aquel fraile, cuyo primer contacto como joven veterano de las guerras alemanas e italia-

nas con el temible *Mare Erythreum* de los antiguos, con el padre de todos los seres de las turbadoras cosmogonías de Oriente, ocurrió con ocasión de la expedición de García Jofre de Loaysa, salida de La Coruña con la esperanza de hallar la ruta occidental hacia las Islas de la Especiería, aquel fraile trazó el itinerario de las Molucas y, tras hacerse agustino en la devastada Tenochtitlán, formó por mandato del rey parte de una segunda expedición, esta vez a las Islas Filipinas, sobre cuyos resultados, en su convento novohispalense, dejó escritas relaciones y memorias donde quedaban establecidas las analogías entre la circulación oceánica del Pacífico y la del Atlántico, bien poca cosa todavía, según mi pobre Federico, pues habría que acometer alguna vez una historia física del mar, definir las formas vagas que se agitaban bajo su superficie, sondear acaso sus abismos para enfrentar a ese gigantesco pulpo, el Kraken, cuya leyenda crispaba de terror a los navegantes, o a ese diablo de mar, de forma de vampiro, sumergido en los precipicios de los golfos boreales, o a ese pez-mujer al que Ulises identificó con las sirenas, o a ese sátiro marino de cabeza y cuernos de morueco, tronco humano y cola de pez, o a ese obispo de mar tiarado y escamado, vicario divino de las aguas abisales, o a tantas otras criaturas sumergidas en ese reino sin medida, para cuyo conocimiento no bastaría desafiar sus trombas y huracanes a bordo de galeones impulsados por el viento, sino que habría que sumergirse en sus míticos dominios para sacar a flote la verdad, esa misma que para Federico montaba por encima de todo, pues su único sueño era hacerse hombre de ciencia a cualquier costa, ambición casi imposible en esta ciudad iletrada pero jactanciosa, donde su padre había tenido que hacerse comerciante y donde la Inquisición campeaba como una inmensa sombra y donde el diablo parecía retozar en cada rincón, a juzgar por los muchos pecados de la grey, por las muchas artes mágicas que caían bajo las zarpas de los dominicos, por la mucha astrología judiciaria, por los muchos judíos disfrazados, por los muchos frailes solicitantes, por los muchos sortilegios, augurios y maleficios de que hablaban las viejas y, desde luego, por el esfuerzo que me costó una vez

en la bañadera, aquella noche de tempestad, desprenderme de los ojos la imagen obsesiva del espejo, en momentos en que ya el agua resbalaba por mis carnes, las penetraba como una reconfortante cura oclusiva que me inspiraba otro género de voluptuosidad, cosquilleante voluptuosidad que me compelía a compenetrarme con el elemento multiforme que me rodeaba, que me acariciaba, que me poseía en un abrazo resbaladizo listo siempre a reproducir, de una manera lujuriosa y yo diría que pérfida, el contorno de mi cuerpo súbitamente laxo y placentero, apto ahora para sólo pensar en él, para expulsar de mi mente el recuerdo de las pelucas empolvadas de los franceses y de los rostros rencorosos de los filibusteros de la Tortuga y sólo pensar en él, en Federico, fijar la memoria en aquella noche, la noche anterior a ese mediodía en que lo sorprendí en el mirador espiando a los pescadores, la noche en que dijo a Cipriano, de sopetón, bajo la luz oleosa de aquella luna de abril, que había descubierto un planeta, sólo para que Cipriano le preguntara si estaba loco y él insistiera en haber descubierto un planeta, mientras incrustaba de tal modo, en la cuenca del ojo derecho, el antejo de Galileo, que hubiera bastado un ligero golpe para dejárselo en compota, en tanto el otro muchacho, quiero decir mi hermano, lo observaba con bobalicona mezcla de incredulidad y recelo, como si temiera ser objeto de una especie de bromazo astronómico, y la ventana enrejada del mirador se abría hacia un cielo nocturno y despejado, cuyas parpadeantes incandescencias les llegaban cernidas por un harnero de ébano, con uno que otro parche de nubes en la superficie lustrosa y, en la profundidad de la negrura perforada y cintilante, una espesa selva de mundos haciendo guiños con esa ironía particularmente evasiva de las cosas intemporales, milenarias, casi crueles, ante las cuales el hombre se disminuye y queda perplejo, mundos ajenos y lejanos, mundos que se mofan como si observaran nuestras miserias a través del microscopio de Leeuwenhoek, mundos ante cuya visión es anonadante el sentido de nuestra insignificancia, allá Sirio del Can Mayor, el más irónico, acullá Capela del Cochero, de pestañeo sarcástico, hacia el horizonte Alpha

Centauri, muy próximo a las cuatro aspas de la Cruz del Sur, y en intranquilo enjambre Achernar de Erídano, Agena del Centauro, Vega de la Lira, Arturo de Boyero, Cánopo del Navío, Fomalhaut del Pez Austral y toda la cegadora muchedumbre de los orbes calcinados y viejos, nuestras viejas, ignotas y queridas estrellas que acaso compelían a Cipriano a arrebatarse el telescopio, pero lo hacían arrepentirse con un estremecimiento de pavor y preguntarle, más bien, como quien sigue la corriente a un lunático, de qué manera había pensado bautizar al nuevo planeta, a lo que Federico, con evidente excitación, como mi hermano con fruición malévolamente me lo relató aquella misma noche, respondería que no era broma, que podía verlo a simple vista allí, en la dirección de su dedo, casi en la órbita del sol, con un color que tiraba a verde, a lo cual replicaría Cipriano que eran tonterías, que no podía ser más que una estrella grande, y el muchacho de pelo castaño que mantenía el antejo parapetado en un travesaño de madera por entre los barrotes de la ventana, insistiría en que las estrellas titilan y éste, en cambio, brillaba con luz quieta, sólo para que el otro se obstinara en que, entonces, debía tratarse de un cometa, mientras una fresca y pestilente vaharada de miasmas de mar venía con la ventolina que, a ratos, cobraba fuerza suficiente como para amenazar a la bujía colocada sobre una especie de mesita de cartografía, en el cómodo mirador techado, de cuya adosadura se levantaba, clavada a la pared, cierta lámina entresacada de la *Harmonia Macrocosmica* de Cellarius que representaba al sistema solar según la concepción de Copérnico, pues aquel altillo era, en realidad, algo así como la cueva de un astrónomo o geógrafo, lleno de mapas, cosmogramas e instrumentos de medición, esferas armilares, barómetros, brújulas y las representaciones más en boga de los hemisferios terrestres, todo un marco apropiado para las extravagantes actividades del muchacho que ahora apartaba el ojo del reflector y cavilaba un momento, antes de decidirse por la razón o la fantasía, para opinar por último que tampoco podía tratarse de un cometa, porque los cometas tienen cola y éste era un cuerpo redondo, aserción que no podía satisfacer al adoles-

cente de pelo negro, cuyos ojos brillaban entre burlona y maliciosamente, en tanto el pliegue de la comisura iniciaba una sonrisa, que no se decidía por la condescendencia o el sarcasmo, en el momento de preguntar, qué remedio, si no era posible que tuviesen cola los cuerpos redondos, a lo cual secamente respondió Federico que éste no la tenía, un hecho así de simple, y Cipriano indagaría muy antipático si iba a bautizarlo el planeta Goltar, pero no, que lo llamara como quisiera, la cuestión era que eso que veía allí no era cometa ni estrella, sino planeta, planeta, planeta, el planeta Goltar, según la insistente chirigota de Cipriano, claro, el planeta Goltar, séptimo en la necesaria revisión que debería hacerse de la astronomía, porque, diablos, exactos dos siglos y cinco años después del descubrimiento de las Indias por Colón, el genial Federico Goltar daba en la flor de descubrir un bonito planeta verde, y no hubo más remedio que reír, reían ambos, podía muy bien representarme la escena cuando me la relataron, en el momento en que la puerta crujió para dar paso a Lupercio Goltar, cuya obesidad debió verse a gatas para zafarse del último peldaño de la escalera y aposentarse en definitiva sobre el suelo de piedra del mirador, pues lo agitaban las subidas y se advertía jadeante, a pesar de sus ojos risueños e inteligentes, cuando les preguntó de qué reían, reparando en el anteojo parapetado entre la reja de la ventana y, al imaginar que podrían haber encontrado algo gracioso, porque él lo halló alguna vez, en la faz milenaria de la luna, les dijo que él, a fuer de viejo jardinero, podía asegurarles que esa luna de abril era roja como una cereza y tenía influencia perniciosa sobre los cultivos, y que a ellos, si seguían embebidos en su contemplación, les haría salir un lunar en el bozo, lo cual era indicio de que Lupercio Goltar venía de buen humor o de que, en realidad, como Cipriano lo suponía, el padre de Federico estaba siempre de buen humor, razón de más para no temer el sacarlo de su engaño y encararlo a la simple y a la vez inquietante verdad, cosa que hizo sin titubear, convencido como estaba de que el sesudo comerciante se pondría de parte del buen juicio, anunciándole un poco pomposamente que no se trataba de la luna, que de lo que ciertamen-

te se trataba era de que su hijo creía haber descubierto un planeta nuevo en el firmamento, frase que no produjo respuesta inmediata, salvo una ligera sombra en los ojos del buen señor, que alzó una lámina de la mesita y se puso a estudiarla en silencio o, mejor, en una suspensión que no cuadraba con la expectación ansiosa de su hijo, que bien sabía que aquella lámina no podía despertar mayor interés en él, pues se limitaba a reproducir algo que se conocía de sobra, las doce casas del cielo astrológico, que sin embargo su padre parecía saborear evocando aquella caprichosa y analógica descripción que le hizo alguna vez, cuando le dijo que la de la vida poseía la forma aproximada de una ípsilon griega, la de la riqueza la testa vacuna del primer jeroglífico sináptico, la de los hermanos las dos íes del par latino, la de los padres por infanda sugerencia un perfecto sesenta y nueve, la de los hijos una landa griega jorobada, la de la salud una eme y un travesaño similar al de la erre de los recetarios, la del matrimonio una especie de clave de do horizontal, la de la muerte una perfecta eme gótica, la de la religión un ancla atravesada, la de las dignidades una extraña te semiuncial de cabo retorcido, la de los amigos unas líneas ondulantes paralelas, y la de los enemigos una suerte de angosta hache merovingia, todo ello proclivemente insinuante en el sentir del obeso caballero, que alzó la vista cuando oyó la voz de Federico explicarle que era en serio, papá, que si quería podía verlo por el anteojo, a lo cual sólo podía contestar, sin tratar siquiera de aproximarse a la ventana, que no lo dudaba, pero que si era un cometa no quería verlo, porque sería anuncio de ruina, para volver a extender su sonrisa, franca, allanadora, sobre los muchachos, como para desbaratar cualquier sospecha de seriedad o superstición, mas tener que oír a Federico advirtiéndole que no era un cometa, papá, los cometas tenían cola y éste no, de modo que sin duda era un planeta, argumento que impulsó a Lupercio Goltar a avanzar hacia el enrejado y, llevándose al ojo derecho el telescopio, irlo ajustando con sus dedos rechonchos, entre los cuales el aparato cobraba una apariencia primorosa y frágil, preguntando dónde estaba, oyendo a su hijo anunciarle que allá, cerca de la eclíptica, en

la dirección de su dedo, con voz que pregonaba la trascendencia que confería a su descubrimiento, e indicarle que era precisamente aquél que poseía una coloración verdosa, valido de lo cual el comerciante arrugó la cara para escrutar concienzudamente, ocupación en la que tenía cierta práctica, ya que había sido marino y no jardinero, de modo que aquella selva de orbes locos desperdigados por el vacío le era, hasta cierto punto, familiar, lo cual no debió obstar para que, por un instante, creyera sentir el vértigo del infinito, como si de repente el mirador, la casa, la ciudad hubiesen desaparecido y él se hallara flotando en el éter misterioso definido por los filósofos antiguos como el alma del mundo, pero claro, su gordura era lo bastante contundente como para sacarlo al rompe de ese engaño y permitirle declarar, bajando el telescopio, que no, que nada veía que antes no estuviese allí, afirmación que satisfizo malignamente a Cipriano, quien se apresuró a deplorarlo hipócritamente, porque Goltar hubiera sido lindo nombre para un planeta, antes de oír empeñarse a Federico en que nadie había hablado de algo que antes no estuviera allí, lo que él afirmaba era que no se trataba de una estrella sino de un planeta, deducción palmaria en el hecho de no titilar, de ser su luz quieta y fría, palabras articuladas con un comienzo irracional de desesperación que su padre advirtió, pero que no le impidió recordar cómo eran seis los planetas y de qué forma, pues por algo había sido marino, sabía él desde mucho tiempo atrás dónde se encontraban, argumento tan sumiso que motivó en Federico un gesto desolado, pues su juventud le vedaba comprender el poco interés que el hallazgo inspiraba a su padre, antes de aducir la posibilidad de que, por todo este tiempo, hubiésemos tomado por estrella algo que en realidad era planeta, porque humano es errar, ¿no?, pero Lupercio Goltar alzó y examinó, casi acariciándolo, el astrolabio depositado sobre la mesita, junto a la bujía, para opinar que astrónomos había en Europa que no sabían equivocarse y que no recordaba ocasión alguna en que la naturaleza dijera sí y la sabiduría no, coronando otra vez la frase con su condescendiente, colaboradora sonrisa, la cual iría desapareciendo a medida que su hijo

redarguyera que él sí que lo recordaba, pues todavía no habían pasado setenta años desde cuando el Santo Oficio condenó a Galileo Galilei a recitar todas las semanas los salmos penitenciales por el solo pecado de divulgar el sistema de Copérnico y, bien lo sabían ellos, entonces se concebía a la Tierra como el ombligo del universo, a cuyo alrededor giraban el sol, la luna y las estrellas, así que lo repetía, no habían pasado setenta años desde entonces, y hoy, aunque la mayoría de las gentes siguiera dando crédito a aquellas supercherías, hoy se podía afirmar que todo era muy distinto, hoy conocíamos la mecánica de Newton, referencia que debió hacer sentir al comerciante como si un escalofrío le trepanara el espinazo, ya que, por muy en la póstuma gloria que Galileo Galilei se encontrara, el Santo Oficio seguía siendo el Santo Oficio y el sabio pisano un teórico proscrito, certidumbre que acaso lo forzó a pensar, con un poco de horror, en el invitado que tenían a cenar aquella noche, la noche de aquel Martes Santo de 1697, antes de razonar que nada de aquello demostraba que lo visto por el antejo fuera un planeta y no una estrella, porque cuál necesidad tenían ellos, en este mirador, en aquel preciso momento, y lo inquirió desesperadamente, como si sus viejas aventuras, su antiguo amor por esos objetos que lo circuían, todo hubiese sido humo de pajas, qué necesidad tenían de que aquel malhadado punto de luz fuese un planeta y no una estrella, y para cancelar con ello la cuestión, abrió la puerta y se aprontó a bajar, consciente de que Federico seguía confuso, de que no creía reconocer a su padre, al hombre que le enseñó el manejo de esos instrumentos, las maravillas de ese cielo asperjado de mundos, en el caballero forrado de convencionalismos que se disponía a retirarse sin ver que él trataba de balbucear alguna cosa, algo referente a la necesidad de hacer brillar la verdad, expresión que no podía arrancar al viejo sino una furtiva sonrisa, en tanto les recordaba que tenían invitados a cenar, que constara que se había tomado el trabajo de subir a refrescarles la memoria, había que estar listos y puntuales y recordar, por si nunca lo habían oído, que en lo que él llevaba de vida no había visto jamás que decir la verdad rindiera provecho a nadie,

con lo que dio por concluido el asunto y abordó, con su habitual torpeza, las escaleras, mientras Federico tomaba rápidamente el anteojo y volvía a dirigirlo hacia el punto, próximo a la eclíptica, en que *su* planeta brillaba en frío, tal como había venido observándolo de varias semanas atrás, sin el fulgor chisporroteante de sus gemelos, de sus arrogantes mellizos aparentes, y el miasma marino volvía a recalarle las fosas nasales como un efluvio de bajeles putrefactos donde las algas entrelazaran sus corrompidas enredaderas de fibras yodadas y sus rojizas frondas de sargazos, y Cipriano le echaba la mano al hombro, en gesto conciliador, para indagar si, en serio, creía haber descubierto un nuevo planeta en el firmamento, ante lo cual se vio obligado a preguntarle en un susurro, como si ahora quisiera mantener todo aquello en equívoco secreto, si era que se imaginaba que jugaba a las cabañuelas, lo cual motivó que Cipriano, no tan imaginativo como su amigo ni tan apasionado por estas cuestiones inútiles, aunque se inclinara por sentir hacia sus devotos una mezcla de admiración y lástima, porque ¡astrónomos, Dios mío!, ¡tipos capaces de hacer, por un planeta más o menos en el cielo, tamaño escándalo, como si algo se ganara con ello!, agachara la cabeza, ahora que el viento se había hecho sibilante y sacudía con fuerza las cartas de marear adheridas con puntillas a las paredes, las carcomidas cartas de marear del antiguo marino, dueño de casa, sin traer, sin embargo, el tufo húmedo de las lluvias de abril, que aún demoraban, y preguntara con timidez rebuscada si Federico deseaba de veras hacerse astrónomo, y todavía más, si no era un oficio un tanto extravagante, como el de adivino, porque confundía astronomía y astrología en su deplorable cabeza, aunque, desde luego, la confusión no fuese tan grave, ya que hasta hacía muy poco constituían una sola ciencia, la de los astrólogos caldeos o la de Hiparco, a la que alegóricamente se representaba aún entonces rodeada por las tres Parcas, para ver cómo Federico, por única respuesta, volvía a indicarle el lugar donde su planeta, quieto y verdeante, permanecía como en éxtasis, planeta acaso bilioso y de mal carácter, trabajo iba a costar convencer a la gente de su existencia, mientras Cipriano vol-

vía a la carga interrogándose sobre la utilidad de estas fachendas, sí claro, Pitágoras, pero ¿a quién importaba Pitágoras?, aunque, desde luego, el cuadrado de la hipotenusa, la suma de cuadrados de los catetos, eso parecía más práctico, y entonces Federico se quedó mirándolo, con algo muy parecido a la preocupación, para, sin transparentar la pobre opinión que el comentario le merecía, hacerle ver que sería preciso escribir a Europa, llamar la atención de los astrónomos sobre ese cuerpo frío, y preguntarle si no sentía alguna emoción, a lo cual Cipriano se limitó a recordar que Lupercio había pedido que bajaran, que había invitados, de modo que Federico suspiró resignadamente y lo asió del brazo para empujarlo hacia la escalera, y Cipriano lo miró amoscado mientras depositaba el telescopio en la mesita y soplabla la bujía, luego, cuando descendían el uno tras del otro, dio en farfullar, como queriendo hacer méritos, como para persuadir al amigo de que su incredulidad no era tan absoluta, si no sería conveniente escribir al mismísimo Isaac Newton, le parecía lo más indicado y lindo, sí, muy lindo, repuso Federico, que los ingleses se lleven la gloria, ahora el loco era él, porque nadie iba a buscarse que lo juzgaran por traición a la patria y porque, además, qué correo podía utilizarse, ¿acaso la flota del almirante Neville?, vaya idea tan conmovedora, así que Cipriano se congestionó de vergüenza, rubor oculto muy bien por la oscurana, pues sólo ahora caía en la cuenta de que Isaac Newton era inglés, tan inglés como Sir Walter Raleigh, y cómo sonreía yo, entre mi congoja, al evocar el episodio, que Federico me relató apenas unos días antes que el pánico y el horror se cernieran sobre la ciudad, antes que la pesadilla se esponjara y cobrara realidad ante nuestros ojos, sólo poco antes de precipitarse ese vendaval de acontecimientos que yo debía esforzarme por olvidar, pero que recordaba con una nitidez y una terquedad invencibles, como si en el mundo no debiera recordarse nada más, ni siquiera aquel mediodía tan reciente y tan remoto, el mediodía siguiente a la noche del anuncio del descubrimiento del planeta verde, cuando, aprovechando un descuido de mi padre, subí las escaleras hasta el mirador y hallé a Federico, a mi pobre

Federico, escudriñando el oeste con su famoso catalejo, lleno más que nunca de ese aire soñador e ingenuo, y deposité mi mano blanca sobre su hombro casi crispado, porque los pescadores habían capturado un delfín de gran tamaño, que resoplaba todavía juguetón entre las redes, y él seguía sus movimientos con absorbta emoción, de forma que volvió la vista como si despertara de un sueño hipnótico, no despejada aún la maraña portentosa de sus deseos insatisfechos, confundido en sus sentimientos como en una bruma que fuera preciso romper, bruma entretejida ahora a su propia narcohipnia, y sonrió sin exacta conciencia del riesgo que para mí significaba el haber osado llegar sin compañía, ese Miércoles Santo, al sitio donde él tejía sus ensueños, circunstancia que me obligó a hablarle en un susurro, a indicarle con un dedo sobre los labios que guardara mucha discreción, que su padre y el mío discutían abajo acerca de unas pipas de vino y que me había escabullido porque deseaba hablarle, pero que debíamos hacerlo muy quedo, no fuera que nos oyeran y armaran un pequeño revuelo, y así logré que volviera en sí, bajo la impresión de mi rostro emoliente, porque me sabía ya una mujer, sabía que en mis ojos oscuros relumbraba, con vivaz inteligencia, algo que, aplicado a sus solitarias ensoñaciones, cobraba un íntimo y excitante cariz de complicidad, de suerte que me estrechó rápidamente contra el pecho, con friolento amor, aún revuelta la imaginación en espectros de expediciones temerarias e impedimentos infranqueables, y creí experimentar como en un golpe de conciencia de qué modo la vibración de su espíritu poseía el intranquilo aspecto de un espasmo torturado, pues buscó mis labios con avidez casi rabiosa, alborotó mis tupidos cabellos y estuvo a punto de gemir al apoyar la cabeza en la abertura de mis senos y estrechar mis caderas, en tanto yo lo rechazaba con dulzura, con ese rechazo tan a pesar nuestro con el que damos a entender las mujeres que todo esto será tuyo, muchacho, pero una vez cumplidos los requisitos, pues a la alcoba de las jóvenes honestas se entra por la iglesia, todo ello mientras desfallecemos en una especie de placentera frustración, como desfallecía yo de castidad exasperada aquel mediodía en que

el aliento ahumado de las cocinas cercanas, atenuado por la brisa del Atlántico, subía hasta ese mirador que sobresalía de los tejados de la barriada como la torre de un astrónomo persa en la llanura febril, la torre de un soñador que me pedía la ofrenda de mi cuerpo y a quien yo imponía plazos convencionales, sin saber que muy pronto mi cuerpo sería de tantos otros a quienes no amaba, como sí, en cambio, a él, a quien, sin embargo, mis ojos invitaban a ser razonable mientras, ciñéndome con ambos brazos, me conducía hasta la silla de cedro y paja entrelazada, colocada frente a la mesita de cartografía, y me escuchaba indagar, con ansia refrenada y llena de orgullo, si era verdad lo que Cipriano me había relatado la noche pasada, si era cierto que acababa de hacer un descubrimiento muy trascendente, el de un planeta, porque me resistía a creer lo que a renglón seguido agregaba mi hermano, o sea que, a fin de cuentas, se había tratado tan sólo de una ilusión, pues mientras cenábamos con fray Miguel Echarri y fray Tomás de la Anunciación, el astro había desaparecido sin dejar huellas, como si fuera apenas una estrella fugaz, o un cometa, o algo por el estilo, de cuya existencia de todas formas él nada me había informado, y le supliqué decirme lo que en verdad ocurría, él sonrió y se alisó los cabellos, dando a los ojos ese intenso fulgor que a veces me los fingía felinos, en el momento de explicarme que esperaba, para comunicármelo, la llegada de la noche, pero que lo inquietaba la reacción que en mí pudiera suscitar la noticia, particularmente después de la cena de anoche, donde salieron a relucir algunos prejuicios locales, cena que a mí me había parecido tan desabrida, aunque creo que mi padre debió reparar por primera vez en lo mal que su hijo Cipriano usaba los cubiertos y que debió pensar en que, si no fuera por la guerra, valdría la pena costearle un viaje a Francia, donde aseguraban que el opulento viudo de nuestra muy amada infanta María Teresa refinaba los modales hasta el rigor más cruel, y digo que debió reparar en la mala urbanidad de su hijo, pero trinchaba torpemente, de todas formas, su pechuga de paujil y paseaba la vista complacido, antes de llevarla a la boca, por todos los presentes a la mesa, ya por el corpulento y man-

tecoso Goltar, su huésped y amigo, cuya urbanidad no era ahora la de un marinero, sino la de un comerciante, o por el frailuco Tomás de la Anunciación, glotón como un abad, o por la señora de Goltar, bella todavía a su edad, como si en los ojos soñadores, que eran los mismos de Federico, le vagaran los mirajes espléndidos que trastornaron las peregrinaciones navales de su marido, o por los cuatro adolescentes situados en el otro extremo, Federico, Cipriano y las dos lindas jovencitas, esbeltas en nuestras basquiñas de colores, la una rubia y muy parecida a Federico, yo trigueña y con el mismo aire serio de Cipriano, y desde luego, por el invitado de honor que ocupaba la cabecera, hacia quien convergían miradas y atenciones, el ambiguo fray Miguel Echarri, el insondable, el receloso, el protocolario secretario del secreto del Santo Oficio, y entonces volvía a morder la pechuga, dudando acaso del buen empleo que él mismo hiciera del servicio de mesa, pero excusándose lo más seguramente con pensar que no era otra cosa que un soldado, sí, un burdo y viejo soldado, y que no deseaba esa profesión para su hijo, mientras oíamos, trastornando las sonrisas, a fray Tomás de la Anunciación, el cual, al encomiar con arriscado entusiasmo las virtudes juglarescas de los *clerici vagantes* o frailes goliardos, autores de una irreverente colección de parodias de los cantos litúrgicos, conservada en un códice tudesco bajo el nombre de *Carmina Burana*, había acabado por enfrascarse en un laberinto de consideraciones teológicas rayanas en la estupidez, razón de más para que todos mirásemos con inquietud hacia el sitio donde el impredecible dominico tosía con ayuda de la servilleta y aseguraba que fray Tomás no lo asustaba, porque si tuviera la inteligencia de Giordano Bruno, ya estaríamos viendo cómo lo meneaba el aire en la horca, frase nada apacible, ante la cual todos nos vimos forzados a reír, con un énfasis que sólo remarcaba la mala gana, todos menos el frailuco, quien se concentró en su presa de paujil, y habló después, con la boca llena, cuando hubo saboreado muy a conciencia la salsa que ahora le caía en manchones por la barba blanca, por la barba florida, para afirmar con escalofriante osadía, aunque lo hiciera de pura broma, que

sí, que la de Echarri era ésa que llamaban justicia de Peralvillo, ahorcar y después hacer la pesquisa, y agregar tranquilamente que no sabía, caballeros, a qué se debía temer más, si a r cipe de médico, a etcétera de escribano, a párrafo de legista o a infra de canonista, sin dejar de subrayar que él recelaba más de lo último, ni de darse cuenta, por supuesto, de que lo acolitaba sólo un silencio imparcial y medroso, lo cual lo divertía, pues no ignoraba que, por mucha simpatía que sus ingenuas lucubraciones despertaran, la presencia, nada simbólica sino sobrecogedoramente física, del Santo Oficio neutralizaba cualquier propensión al esparcimiento doctrinal, ya que, aunque empañados algunos de sus antiguos esplendores, el poder y la jurisdicción de la Inquisición de Cartagena de Indias seguían siendo casi infinitos a los ojos de todos, máxime cuando rebasaban los límites del Nuevo Reino para extenderse hasta Cuba y las Islas de Barlovento, hasta Puerto Cabello y Santo Domingo, y máxime también cuando Echarri, hombre calculista pero nervioso, era como el epítome vivo de todo el f rrago de procesos y memoriales resguardado como preciosa tradición en los archivos de la institución eclesiástica, canonista sin entrañas, ratón de cartapacios, argumentista *ad hominen* y explorador de aguas negras, cuyo poder era limitado sólo en cuanto lo era su propio talento, pues tiempo hacía que sus superiores habían delegado en él no sólo las irrecusables potestades jurídicas, sino también el gusto por los espectáculos y achicharramientos procesales, de suerte que era, como quien dice, el Santo Oficio en persona, un Santo Oficio quizás un poco deslucido, pero siempre al acecho, siempre ganoso de recobrar su prestigio, de hacer valer sobre los fieles su potestad de decretar la excomunión mayor, *latae sententiae trina canonica, monitione praemissa*, aun a aquel que pecara por omisión cautelosa en la denuncia de la herética perversidad y apostasía, pensando acaso en lo cual, Emilio Alcocer, quiero decir mi padre, se creyó, como soldado del rey, llamado a romper el hielo comentando, mientras por la ventana embalaustrada, a su izquierda, el viento dejaba entrar en el comedor, iluminado por dos candelabros de brazos finamente labrados, colocados en

los extremos de la mesa, el mismo afrodisíaco efluvio de miasmas que turbó poco antes en el mirador la fantasía astronómica de Federico Goltar, cómo estaba visto que fray Tomás tenía esa noche trasnochado el sentido del humor, a lo cual Echarri, tal vez con intención apaciguadora, repuso que por él nada había que temer, pues era, como todos sabían, un hombre muy pacífico, y que, aunque sus superiores le habían delegado funciones de alta responsabilidad, solía ser bonancible como el mar cuando no lo agitaba la tempestad, de lo cual podía dar buen ejemplo recordándonos cómo, hacía poco, debió entenderse las con un astrólogo que, como Asdente, el zapatero de Parma, abandonó el cuero y la lezna para embojarse con el *Tractatus Astronomiae* de Bonatti de Forli y cómo, acaso ya nos hubiésemos enterado, le puso coraza, sambenito y una vela en la mano, lo paseó por los extramuros y lo hizo abjurar en un periquete de aquellas insensateces, para zamparlo a renglón seguido en una mazmorra donde se maduraba tranquilamente, sin necesidad de grandes alardes públicos ni de altísimas hogueras, de donde saldría convertido en un buen cristiano, como no lo era en esos momentos Cipriano Alcocer, quiero decir mi hermano, que miraba adrede a su izquierda, al sitio donde mi pobre Federico se apresuraba a inclinarse sobre el plato y atiborrarse de comida la boca para esconder la intensa palidez, mientras mi padre insistía en el tema, preguntando a Echarri si a última instancia, caso de no retractarse el zapatero, lo habría llevado a la hoguera, a lo que Echarri volvió a dibujar su sonrisa de enfermo, que dejaba al descubierto su dentadura cariada, amarillenta y dispar, y los flemones de sus encías, mirando con elocuentísima mirada que obligó a Federico a realizar un esfuerzo heroico por no atragantarse, sabiéndose observado además por dos ojos muy negros y muy asombrados, ajenos a su repentino drama interior, los ojos de esta desdichada Genoveva Alcocer, que aquella noche de tormenta, unos meses después, desnuda y acariciada por el agua evocaría con tristeza la escena, los ojos de la jovencita trigueña cuyos modales no preocupaban, como los de Cipriano, al viejo soldado que reía entre sorbo y sorbo de vino para apuntar que

acaso Echarri exagerase, pues ¿no hubiera sido excesiva la hoguera para un pobre diablo que creía en las doce casas del cielo?, pregunta que el inquisidor absolvió haciéndole ver que no era cosa suya sino, como diría fray Tomás, cosa de cánones, ya que no sólo la astrología judiciaria estaba condenada por la Iglesia, sino que además la ignorancia no excusaba el pecado, ni el libre arbitrio, aunque de origen divino, autorizaba al hombre a hacer uso de él separándose de Dios por las vías de lo demoníaco, con lo cual el frailuco debió pensar que se le invitaba una vez más a meter la cucharada y opinó que el derecho eclesiástico tenía también sus leguleyos y que, en llegando a altos cargos, las cañas se volvían lanzas, porque si, por ejemplo, al gobernador Diego de los Ríos le diera por consultar a los astros sobre futuros contingentes y casos ocultos, podía jurar que nadie le tocaría un pelo, momento en que comprendí que Federico, cuya palidez crecía por instantes, tenía anudada en el galillo alguna pregunta que no se atrevía a soltar, alguna inquietud que lo torturaba y en que vi lo mucho que lo sorprendió, bajo el reojo sarcástico de Cipriano, que fuese su madre, Cristina Goltar, la primera en quebrar el silencio inducido por las frases del terciario para inquirir, con su habitual tono desvaído y respetuoso, ya que era una mujer muy lejana y como desasida de las cosas terrenas, si estaba o no equivocada al pensar que algunos reyes muy cristianos habían empleado astrólogos a su servicio, pues hacía poco había leído, en alguno de aquellos libros traídos en otros tiempos de Europa por su marido, que la muy cristiana Catalina de Médici había hecho construir en cercanías de París un observatorio para su astrólogo de cabecera, un tal Nostradamus, interpelación que debió producir, aunque yo aquella noche no pudiese darme cuenta, dada mi absoluta ignorancia en tales materias, profundo desasosiego en Lupercio Goltar, si se piensa en el cúmulo de trabas y restricciones impuesto, desde los tiempos de Felipe II, a la circulación de libros en los territorios indios, y cuyos ejecutores eran precisamente los dominicos, cuyo epítome vivo no pestañeó, sin embargo, quizá porque albergaba en su agostado corazón de funcionario algún atisbo de simpatía hacia esta

familia cuya sencillez y lealtad eran proverbiales, sino que se apresuró a ratificar que, en efecto, se trataba de un tal Michel de Notre-Dame, una mala hierba de origen judío, cuya real privanza no debía inquietar, ya que, como médico, había prestado cierta colaboración durante una peste que diezmaba al mediodía francés, razón por la cual el rey Carlos IX, de cuya fe no era posible dudar pues había sabido cascarles las liendres a los hugonotes la noche de San Bartolomé, le tomó cierto afecto y confianza y porque, además, Jean, el hermano de Nostradamus, había sido hombre influyente, procurador del parlamento de Lyon, lo cual dio pie una vez más a fray Tomás de la Anunciación para meter cizaña, recalcando con un gesto cómico de ojos cuánta razón lo asistía al afirmar que una cosa eran los hechiceros desamparados y otra los validos, mientras trataba, con ayuda del dedo pulgar, de embutirse completa una butifarra, no sin añadir, a título ilustrativo, cómo había oído a varios príncipes franceses aseverar que Nostradamus, en sus *Centurias*, había predicho con pelos y señales la forma como el rey Enrique II moriría a consecuencia de la herida inferida en un ojo, durante un torneo, por el conde de Montgomery, parloteo de terciario zafio que a los demás pasó inadvertido, porque Lupercio Goltar acababa de decidirse a tomar parte en la conversación preguntando al inquisidor cómo explicaba el que personajes como Alberto Magno y Tomás de Aquino, santos del santoral y ambos dominicos, practicasen en su tiempo la astrología y aun la alquimia, ya que del primero se narraban numerosas historias, entre ellas la de haber evocado el espectro de la emperatriz María a pedido de Federico Barbarroja, o la de haber fabricado un autómatas cuyo cuerpo estaba sometido a las influencias astrales y respondía a todo género de preguntas, y del segundo se sabía que escribió un opúsculo alquímico dedicado a su amigo el hermano Regnault, a lo cual Miguel Echarri, que se restregaba los ojos con los dedos índice y del corazón de la mano derecha, reconoció con fastidio la posibilidad de que Santo Tomás no desconociera ciertos procedimientos prohibidos, pero advirtiéndole que lo mismo resultaba evidente su primordial interés en la salud del alma y, en cuanto

a San Alberto Magno, las obras astrológicas y alquímicas que se le atribuían pertenecían en realidad a algunos discípulos suyos, que a su hora fueron a calentarse en las hogueras inquisitoriales o en las del infierno, porque todo, queridos amigos, eran añagazas del diablo, de las que debíamos cuidarnos, y en ello pensábamos ya con un poco de espanto cuando, de improvviso, sin preámbulos, bajo la fulminante y horrorizada mirada de mi padre, Cipriano espetó al dominico una pregunta que heló de miedo a los comensales, le preguntó si su señoría había leído a Isaac Newton, se lo preguntó con la mayor seriedad, como si las obras de Newton pudieran conseguirse, ya traducidas, en cualquier abacería, y todos queríamos que nos tragara la tierra cuando Echarri, sin responder a la pregunta, pero depositando una mirada suave sobre el adolescente, le pidió en tono paternal que acabara primero de salir del cascarón y después tratara de clavarle las espuelas, que por lo pronto se limpiara, que estaba de huevo, que por lo pronto sacara las uñas del plato, antes que se las ensuciara, pero Cipriano, ante el escándalo de todos, en lugar de callar por puro instinto, lanzó el gran requerimiento que hacía rato le llenaba la boca y lo tenía como sentado en un hormiguero, quiero decir que preguntó a Echarri si podía considerarse hejía el descubrir un nuevo planeta en el firmamento, ante lo cual, como era apenas de esperarse, hubo un general estallido de carcajadas que eran más de disimulo que de burla, no importa lo ingenua que todos supiéramos la actitud de mi hermano, mientras el dominico, manteniendo la sonrisa, enturbiaba la mirada, como quien se contiene al comprender que la villana ofensa proviene de un niño, y Federico, que jamás imaginó el grado de infidencia a que su amigo podía llegar, se deslizaba materialmente bajo la mesa, hasta resbalar del asiento y quedar enredado entre las basquiñas de las muchachas, que emitimos un grito, al tiempo que mi padre, por dar un vuelco a la conversación y desviar la atención de mi hermano, borraba bruscamente la sonrisa de su rostro, bebía otro poco de vino y, dirigiéndose al anfitrión, por estar él en el comercio y frecuentar los buques mercantes, le pedía noticias de la política y de la guerra con Francia, a lo cual

Lupercio, sin parecer muy convencido, opinó que sólo había fatiga, que se tenía la impresión de que los recursos estaban agotados y había cansancio en ambas partes, pues, a la postre, que quería Luis XIV sino un tasajo honorable, un tasajo y nada más, a despecho de los tratados de partición sostenidos todavía, sobre la herencia del rey Carlos, por Inglaterra, Holanda y su país, y que el monarca francés, al decir de los navegantes que llegaban de Europa, mandaría a un cuerno si nuestro amado rey accediera a nombrar sucesor a Felipe de Anjou que, como todos sabíamos, era nieto del rey Luis y, claro, como trató de redondearlo fray Tomás, incorporándose para atraerse los desperdicios de la fuente de perdices, de nuestra difunta infanta María Teresa, cuya muerte debíamos lamentar, ya que, si viviera, nada de esto ocurriría, opinión que Emilio Alcocer, quiero decir mi padre, no compartió, pues consideraba que la muy marrullera nunca movió un dedo en beneficio de España, que se consideró siempre pariente de los reyes de Francia y sólo de ellos, lo cual hasta cierto punto se explicaba, porque era sobrina de Luis XIII o, lo que es lo mismo, prima de su marido y, así, el Tratado de los Pirineos, que le permitió casar con aquel lechuguino, no había significado para ella sino el regreso de la hija pródiga, que muy viva estaba cuando la paz de Nimega nos hizo perder el Franco Condado y que, además, no movió un dedo para evitar la ruptura, actitud que, según Echarri, se había debido a que jamás le interesó la política, defensa que a nadie convenció, tal vez porque era estupendo poder contradecir a un inquisidor en materia ajena a sus potestades, de modo que Lupercio aprovechó los cabeceos de escepticismo para advertir, mientras cruzaba sobre el plato los cubiertos, que una cosa se temía para su capote y era que, si las nuevas sociedades comerciales, ésas que florecían de un tiempo a esa parte en los puertos franceses, a tira más tira convencían a Luis XIV, éste podría organizar una expedición para armar un sainete en las Indias y presionar a su primo a testar a favor del d'Anjou, pues de buena tinta sabía que en Brest había armadores dispuestos a lo que fuera por repartirse el botín y debían tener el ojo puesto a Portobelo, razón por la cual él había

decidido, de meses atrás, concentrar sus mercancías en Cartagena, frase que repitió a instancia de fray Tomás, porque el terciario no entendía de dónde podía inferirse que no atacarían a Cartagena, pero Lupercio, sacándose la grasa con la servilleta, aseguró que él tenía su olfato, que Cartagena no era tan codiciada como Portobelo, lo cual aprobó Echarri, para el cual resultaba evidente que, si algo deseaban los franceses, no podía ser otra cosa que apoderarse de los galeones de escolta surtos ahora en Portobelo, los muy canallas, y esto pareció despertar cierta curiosidad en Federico, cuya palidez no daba tregua a pesar de mis miradas inquisitivas, que lo instaban a comportarse, y que preguntó, con cierta timidez, que daba a sus palabras un aire tan infantil como aquél de las de Cipriano, si en caso de ser atacada Cartagena, lo sería por la flota del rey de Francia, del rey galantuomo, a lo cual su padre, que acababa de depositar la servilleta sobre la mesa como indicando que el festín había concluido, le contestó que sí, pero que no vendrían a edificar aquí Trianones ni Versalles, sino a arrasar con todo lo que encontraran a su paso, dicho lo cual nos levantamos, aunque claro, fray Tomás de la Anunciación alcanzó a chupar una última ala de paujil antes de unirse al grupo de mayores que se dirigía a la sala, y los muchachos quedamos en el comedor, silenciosos, herida la imaginación por las historias de cocimientos públicos de astrólogos, de observatorios construidos por una reina de Francia para un hereje judío y por el presentimiento de las emociones que viviría Portobelo cuando fuese atacada por la armada del Rey Sol, por los finos pero denodados franceses, capaces de violar criollas y abatir bucaneros en el Caribe, pero también de pasear sus altos tacones y pelucas empolvadas por la galería de los espejos de Versalles, y fue entonces cuando Federico nos invitó a subir al mirador, cuando emprendimos el ascenso de la angosta y crujiente escalera, yo a su lado, confundida en una mezcla de miedo y equívoco placer, y delante Cipriano y María Rosa, quiero decir la hermana de Federico, lo cual nos resultaba muy conveniente porque así pudimos estrecharnos las manos hasta el momento mismo en que encendimos la bujía y se abrió ante nues-

tros ojos el pequeño reducto erizado de cartografías y aparatos de medición, con los mapas del *Theatrum Orbis Terrarum* colgados incluso de las vigas del techo, los planisferios de Alberto Cantino empequeñecidos ante los pronósticos meteorológicos de los calendarios milaneses y el atlas monumental de Mercator presidiendo, desde la pared del fondo, toda una panopsis de proyecciones cónicas, cilíndricas o tangentes del globo terráqueo, aunque, por supuesto, lo que primero llamó la atención de Cipriano fue el antejo de Galileo, demasiado complejo para nuestra comprensión de entonces, pero cuyo aumento se obtenía simplemente por la relación entre la distancia focal del objetivo y la del ocular, así que lo tomó para dirigirlo, con medrosa inquietud, al lugar celeste donde el planeta verde debía hallarse, según sus toscos cálculos, brillando aún en frío, sin el menor centelleo, sin los efusivos resplandores de Régulo del León o Aspidiska de la Quilla que ya, a simple vista, eran identificados por María Rosa y por mí, en un afán de impresionar a Federico, y fue entonces cuando quedó de una pieza al comprobar que el planeta verde había desaparecido, que sólo quedaban las constelaciones, dulces y misteriosas en la esfera celeste, aparentemente inmóviles desde la antigüedad, pero moviéndose burlonas en sus ignotas órbitas, sembrando de fanales el cielo de los navegantes, desplegadas por los hemisferios boreal y austral y prefigurando con sus lumbres los ojos de Taurus o la hoz y el martillo de los Gemelos, inmutables para el hombre, Sagittarius, Capricornus, preservando su inestimable y suave distancia, aturdiéndonos con su mensaje indescifrable, sembrando el espíritu de hormigueos coruscantes, aquellos nudos de luz en cuyas pulsaciones latían los presagios más amables o siniestros, y entre cuya jungla de fuego, que sabía apartarse misericordiosamente para que el viejo lobo distinguiera la línea amada y pura de las Osas y Casiopea, no estaba ahora el planeta verde, de suerte que Cipriano, bien que en su interior saltara de malévola alegría, juzgó oportuno demostrar alguna alarma, entonces comprendió que Federico no hacía caso de sus pesquisas estelares y se consagraba, sobre la mesita de la bujía, a ilustrarnos a María Rosa y a

mí sobre el modo como los geógrafos disponían las superficies auxiliares para proyectar sobre un plano la redondez de la Tierra, a familiarizarnos con los mapas portulanos donde se consignaban las rutas de navegación, a sacarnos de la cabeza ideas tan anticuadas, pero aún en boga por esos años, como aquélla de que Jerusalén era el centro del mundo, y así, mientras María Rosa fingía interesarse en los temas, pero en realidad cerraba su mente a ellos, porque en la escuela aprendió hacía tiempos que todas aquellas lucubraciones no eran otra cosa que triquiñuelas de Satanás, yo parecía captar muy bien, en cambio, toda esa vedija de aplicaciones geométricas, porque amaba al muchacho que movía con destreza ante mis ojos el compás de clavillo movable, trazando semicírculos de un polo a otro del plano imaginario, como quien parte con hendiduras verticales una naranja sin dejar que los trozos se separen, y porque, además, me sabía amada por ese geógrafo precoz, que ahora me hacía observar, en la vieja carta de Waldseemüller, ese nombre de América con que, por algunos, eran designadas estas Indias Occidentales, ese nombre con el cual se honraba tal vez a un mediocre cosmógrafo llamado Américo Vespucci o quizá se recordaba el nombre indígena de Amerik, revelado a Colón cuando en su cuarto y último viaje al Nuevo Mundo un huracán lo arrojó a la costa y desembarcó en el cabo que bautizó Gracias a Dios, materias que a Cipriano se le antojaban pedantes, pues no parecían convencerlo esos esporádicos raptos de inspiración de Federico, cuyo desinterés por las cosas prácticas y cuya pasión por estos fantaseos aparentemente inútiles, que en vez de granjearle las palmas de la gloria podrían atraerle las del martirio, lo exasperaban, máxime ahora, cuando teníamos dentro de la casa al mismísimo Echarri, de quien se aseguraba por aquellos días, acaso por su vieja rivalidad con el gobernador, que estaba replegándose para acometer un salto grande y renovar los esplendores del Santo Oficio, lo cual explica el pecaminoso regocijo que parecía sentir al decir a Federico, lo más alto que pudo, que le dolía participárselo, pero era lo cierto que su planeta verde se había evaporado, a lo mejor no se trataba sino de un espejismo, sólo para que el

otro lo mirase de pies a cabeza, con la preocupación que siempre le suscitaba Cipriano, y sin prestarle más atención volviese a inclinarse sobre las trazas y, apuntando al Océano Atlántico, nos encareciese de cuál manera nos hubiese aterrado esa gran extensión de agua salada si hubiéramos vivido en la Europa de mediados de la centuria antepasada, cuando se creía que la Tierra era plana y que, más allá de las Columnas de Hércules, el mar se precipitaba por las fauces de un bestión descomunal, como esos de la *Topografía Cristiana* de Cosmas Indopleustes, superchería barrida, hacía ya tiempos, por Colón, Magallanes y Elcano, pues hoy sabíamos que la Tierra, como ya lo había afirmado Aristóteles, era redonda y podía circunnavegarse y que, además, esos puntitos que brillaban en el cielo eran otras tierras, otros cuerpos enormes como éste, más enormes aun, y algunos de ellos carecían de luz propia, no ignifluían sino que reflejaban la de una estrella y, por tanto, podían ser habitables, para ponderar lo cual extendió el brazo en ambicioso ademán hacia la ventana, con lo que logró que María Rosa observase desganadamente el recuadro por donde filtraba su luz refleja la luna de abril, pero obtuvo de mí un gesto de inteligencia que le bastó para comprender que no había perdido el tiempo ni la saliva, mientras una nubarrada de mosquitos, atraídos quizá por la llama, se colaba en el mirador y Cipriano trataba en vano de aniquilarla a papirotazos, como en una locura súbita, y la voz de Emilio Alcocer, quiero decir de mi padre, se dejaba oír abajo indicándonos que nos íbamos, ea, que era tarde, bajamos como habíamos subido, en parejas, nos reunimos en el portón con el grupo de mayores, rodeado del cual gesticulaba fray Tomás para sostener, en tono inútilmente colérico, que la precaria salud del rey Carlos se debía a hechizos de brujos, para maldecir a Luis XIV y fastidiar ostensiblemente a fray Miguel Echarri, que hubiera preferido ser el centro de atención y ahora no parecía apaciguarse ni siquiera al oír las bromas que Lupercio Goltar, nervioso, trataba de traer de los ralos cabellos, asegurando que esos maleficios y sortilegios a los cuales solía atribuirse la mala salud del monarca no eran sino cuentos de viejas, que dejaran

en paz a los pretensos hechiceros, que bien inofensivos eran, a lo cual el inquisidor, finalmente, decidió darse por aludido y dijo que él a los brujos los dejaba en paz, Goltar, y hasta a ciertas personas que se daban el lujo de leer sobre Nostradamus, o sobre Paracelso, o sobre no sé cuáles otros pícaros o belitres, lecturas muy claramente proscritas por la Congregación del Índice, pero que no le vinieran con astrologías, que si alguien había descubierto un planeta por esos contornos, se lo guardara muy bien, porque esa luna vieja ya bien se decía que hacía las malas noches en verano y se gastaba en enseñar a gruñir los vientos y a murmurar los vientecitos, así que mucho cuidado, pues no deseaba escuchar ni esos gruñidos ni esas murmuraciones, dicho lo cual se internó en la tranquila oscuridad de la calle, mientras Cipriano debía suspirar pensando que ya no existía peligro, porque el puñetero planeta verde había desaparecido del cielo.